

nido por el conde de Maistre, en los siguientes términos: "Un pastor protestante es un señor vestido de negro, que los domingos dice en el púlpito ocurrencias decentes."

Yo, con mayor severidad, diría que el ministro herético es un hombre que se toma la culpable misión de atacar, en nombre del Evangelio, á la Iglesia de Jesucristo, y de pagar ó de conservar el error entre los hombres.

Digo que él se toma esta misión, porque Dios no se la dá. Dios ha enviado á los hombres, los Apóstoles y los sucesores de los Apóstoles, que son los pastores de la Iglesia católica, con la cual está de continuo el mismo Dios. He aquí la misión divina, la única misión pastoral y evangélica. La imposición de manos, los nombramientos de los consistorios protestantes y los sueldos pagados por el gobierno, no pueden conferir un carácter religioso, ni pueden dar una misión divina. Nada reemplaza al Espíritu Santo, ni suple al sacramento del orden.

Digo además, que el ministro protestante es culpable y muy culpable, porque él ataca la obra de Jesucristo, combate á la verdadera fe, é incurre en el anatema de San Pablo, lanzado contra todo hombre que predica una doctrina opuesta á la de la Iglesia. Quiéralo ó nó, esté ó no esté en la buena fe, el ministro herético hace la obra del demonio, arrebatando á los cristianos la fe, que es el fundamento de la salvación.

Las buenas cualidades que pueden tener los ministros protestantes, en nada cambian la cuestión, porque su oficio es el perverso, no su persona. Si tienen regularidad de conducta y talento, apreciamos su persona; más no por eso su obra anticatólica es menos detestable, ni menos digna de que toda alma cristiana la abomine. Los hombres superficiales confunden ordinariamente dos cosas: olvidan el fondo por la forma, el hombre les hace olvidar al hereje.

¿Sabeis en qué consiste realmente la fuerza, si alguna tienen, de los pastores protestantes? No está esa fuerza ni en sus palabras, ni en sus doctrinas, ni en sus virtudes, sino que por un instinto católico, en sí verdadero, pero ilógico en ellos, han conservado los protestantes, á su pesar,

una autoridad visible, viva y elocuente en materia de religión. En esto se ve, como en todo, que en el protestantismo no hay nada vivo, sino lo que usurpa al catolicismo. Pero es cosa deplorable ver algunas pobres almas, á veces buenas y honradas, entregadas á la dirección de hombres sin creencias fijas, que cambian á cada viento de doctrina, y que frecuentemente no creen en nuestro Señor Jesucristo.

Se injuria al sacerdocio católico, comparándole con los ministros de las sectas protestantes. Así como el protestantismo no es una religión, dígame lo que se quiera, tampoco sus ministros tienen la autoridad de *sacerdotes*, por más que ellos hagan para darse aires de tales.

Me parece inútil hacer aquí un paralelo, entre los misioneros católicos y esos que se llaman misioneros protestantes. Todo el mundo conoce la nulidad religiosa de esas pretendidas misiones, que más se ocupan del comercio inglés del algodón y del ópio, que de la gloria de Dios. Su principal resultado, bajo el punto de vista de la fe, es contrariar el celo de nuestros Apóstoles mártires.

XVIII.

En qué sentido el sacerdote católico es mediador entre Dios y los hombres.

Sucede con frecuencia que los ministros protestantes, imitando á Rousseau y Voltaire, echan en cara á los sacerdotes católicos, que se ponen entre Dios y el hombre, interceptando las comunicaciones del Criador con la criatura. Fundado sería este reproche, si los sacerdotes católicos se colocasen en esa posición sin orden del cielo, como efectivamente lo hacen los pastores protestantes. Pero los sacerdotes católicos no cometen en esto una usurpación, pues no hacen más que obedecer á Aquel que los ha enviado para predicar la religión verdadera, para combatir los errores, para santificar y salvar las almas, para absolver los pecados y para dispensar á los fieles los divinos misterios.

Así como la Santa y admirable humanidad del Salvador, mientras El vivía en carne mortal, no interceptaba la comunicación de la Divinidad con el mundo; tampoco la intervención de los sacerdotes, después de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo al cielo, intercepta sus comunicaciones con las almas. Al contrario el Dios hecho hombre enseñaba y bendecía á los hombres; siendo su santa y adorable humanidad el medio instituido divinamente para establecer la religión, es decir, el vínculo para unir al hombre con Dios. Como el misterio de la Iglesia subsistente sobre la tierra, es la continuación del misterio de la Encarnación, nada tiene de extraño que nuestro Señor Jesucristo, vuelto á su Eterno Padre que le había enviado, envíe á otros para que continúen su misión. Esta es la misión del sacerdocio católico. Dios se sirve de hombres para cumplir su obra entre los hombres.

Nuestro Señor Jesucristo ejerce su autoridad, por medio de sus legítimos sacerdotes, y éstos no tienen nada, sino lo que Aquel ha dado. Por medio de su Vicario el Papa, gobierna y enseña Jesucristo infaliblemente á su Iglesia: por medio de los obispos y sacerdotes subordinados al Papa, Jesucristo apacienta á las almas; de modo, que cuando los protestantes acusan á la Iglesia de usurpar los derechos de Dios, estos pobres extraviados dan prueba de que no entienden el misterio de la humana redención y salud.

XIX.

De las ciencias y de las controversias de los ministros protestantes.

A primera vista los ministros protestantes parecen muy instruidos en materia de religión; pero haciendo con ellos una prueba algo minuciosa, se descubre la poca solidez de su saber, el cual es casi siempre un saber protestante, es decir, negativo. Ellos tienen una erudición belicosa, puramente belicosa, que no está animada del santificante amor á la verdad, sino del ódio nada santificante, de todo lo que es católico.

En las disputas y controversias, se les ve llegar con un lujo increíble de libros, de citas, de textos, de hechos y fechas; con lo cual la mayor parte de los oyentes, deslumbrados por aquel artificio, están tentados á tomar por verdaderos sabios á aquellos señores.

Pero no es nada. Algunos de ellos, bien lo sé, forman una excepción, porque realmente estudian y se distinguen. Tales son, particularmente algunos alemanes, y muchos individuos de la que en Inglaterra se llama *alta Iglesia Anglicana*, los cuales, por sus muchos estudios, se acercan cada día más á la fe católica. (*) Pero haciendo este homenaje á los hombres doctos y amigos de la verdad que haya entre los ministros protestantes, es necesario reconocer que su número es corto, especialmente entre los de Francia. La erudición de estos últimos, se compone, en general, de un cierto número de pasajes de los Santos Padres, alterados ó torcidamente interpretados: de algunos hechos más ó menos auténticos que á primera vista parecen contradecir algunos dogmas ó algunas prácticas de la Iglesia; y en fin, de una lluvia de textos de la Biblia, que ellos no comprenden. Es inútil decir que esas armas se les han roto y pulverizado veinte veces, por los grandes controversistas católicos, como Belarmino, el docto Suárez, San Francisco de Sales, Fenelón, Bossuet, etc. Las armas son las mismas desde el tiempo de Lutero. A falta de otras, los sectarios las usan siempre con un nuevo gusto.

Concíbese que cuando no se ha estudiado esta materia en particular, un católico y aún algún eclesiástico, de pronto se halle embarazado con las objeciones de los herejes; pero el más ligero examen, la más mediana investigación,

(*) De entre esos ministros protestantes, distinguidos por su saber, han salido la mayor parte de los convertidos al catolicismo, cuyo número es muy crecido. El Padre Ventura le calculaba EN DOS MIL. Además de eso, los que no han abjurado la herejía para entrar en la comunión católica, van abandonando paulatinamente sus errores; pues públicamente, como puede verse en su órgano, el semanario THE UNION, predicán la presencia real, la confesión auricular, el celibato eclesiástico, etc.—[Traductor.]

basta para resolver todas sus dificultades. Sin embargo, ellos son astutos; y cuando sorprenden á alguien desprevenido, no dejándole tiempo para ocurrir á las fuentes, atribuyen á derrota su momentáneo embarazo.

Estas observaciones hacen comprender porqué la Iglesia, aunque está tan segura de la verdad de su doctrina y de la futilidad de las aserciones de los herejes, ordena á los fieles anden con reserva, en cuanto á entrar en debates con los ministros protestantes; y prohíbe asistir á sus prédicas, como también leer sin licencia competente los libros heréticos. No es esto por miedo, sino por prudencia. La prudencia es madre segura.

XX.

Por qué no se casan los sacerdotes católicos como los ministros protestantes.

Un día, echaba en cara cierto ministro protestante á un estudiante joven, su mala conducta, y éste le contestó: “Hablar cuesta poco, señor ministro; pero recuerde Vd. que Lutero, dijo: que era tan imposible dejar de casarse como dejar de comer, por lo cual Vd. mismo está casado. Yo también me casaría, si tuviera con qué soportar las cargas del matrimonio; pero es el caso, que no tengo sino veinte años de edad, y que ni el gobierno ni las *sociedades evangélicas* me dan, como le dan á Vd., con que mantener á su familia. Pues mientras que mejoro de fortuna me arreglo como puedo.”

Curioso sería saber qué contestó á este argumento el ministro protestante, casado en virtud del falso y herético principio, de que el celibato es contra la naturaleza.

Si á un sacerdote católico se le hubiera hecho semejante argumento, él habría contestado con las palabras de San Pablo: “*Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.*” “Imitadme cómo yo imito á Cristo.” Sed casto como yo lo soy, con la gracia de Dios, y no digais que eso es im-

posible, porque lo que yo puedo hacer, lo podéis hacer vosotros, mediante esa gracia, que el Señor no niega á quien la necesita y se la pide.

Por lo demas, el celibato es el que permite á los sacerdotes entregarse enteramente al ejercicio del sagrado ministerio. Abrazándole el estado eclesiástico, ellos se obligan, por su entera libertad y después de una larga prueba, á guardar continencia perfecta; y aunque esta obligación no sea de institución divina, ella entraña una admirable sabiduría. La Iglesia ha sabido bien lo que hacía, estableciendo como precepto para los eclesiásticos de orden sacro, lo que era de consejo evangélico y apostólico, (*) el celibato; así como el demonio sabe bien lo que hace, cuando trabaja y hace declamar contra esta saludable institución.

Si los sacerdotes católicos fueran casados, ¿creéis que se sacrificarían como muchos de ellos lo hacen todos los días? ¿Creéis que no lo pensarían mucho, antes de ir á ponerse al lado de un enfermo atacado de un mal contagioso, antes de dar en limosnas al prójimo las últimas economías de su escasa renta. El primer prójimo del hombre casado, son su mujer y su hijo.

Por otra parte, jamás se admitirá en países católicos por el pueblo, la idea de un sacerdote casado. El sacerdocio y el matrimonio no van á la par. Aun los pastores protestantes, á pesar de saberse que su oficio es una caricatura del verdadero sacerdocio, se hacen ridículos por el tren que van arrastrando. Nada más grotesco que lo que de sí mismo refiere un ministro protestante, M. Bost. La relación de sus correrías *apostólicas*, de sus predicaciones, de sus *vocaciones* diversas y de sus cambios de *convicciones*, va entreverada con necias historias de sus cuidados matrimoniales, de sus calderos y de su batería de cocina. Con su mujer, once hijos, dos criados, un piano y unos canarios, el

(*) Es bueno hacer observar, que si en los primeros siglos la Iglesia permitió algunas veces ordenar á hombres ya casados, nunca permitió que el ya ordenado se casase.

malhadado apóstol se pasea, llevando en todo *trece mil libras*, (expresión textual) de bagajes evangélicos.

¡Cómo recuerda esto al cristianismo primitivo de San Pablo y su bordón!

XXI.

De como Nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles, no son del mismo modo de pensar que los ministros protestantes, sobre el celibato religioso.

Pocas cuestiones hay tan claramente resueltas en la *Biblia* como la cuestión del celibato religioso. La Iglesia no hace más que repetir al pié de la letra, sobre este punto delicado, lo que enseñan el Divino Salvador y el grande Apóstol San Pablo.

Los fariseos habían ido á preguntar á Nuestro Señor Jesucristo, sobre el matrimonio; y el Divino Maestro declaró solemnemente, que es indisoluble. Los Apóstoles espantados de la dura condición de las personas casadas, le hablan á su vez. Si es tal, le dicen, la condición del hombre con su esposa, es mejor no casarse: "*Non expedit nubere.*" Jesús les responde: "No todos comprenden esta palabra, sino solamente aquellos á quienes ha sido dado comprenderla. "*Non omnes capiunt verbum istud sed quibus datum est.*" Y añade: "Hay quienes se abstienen del matrimonio para ganar el reino de los cielos: que lo entienda el que pueda entenderlo: "*Sunt qui eunuchi facti sunt propter regnum cælorum; qui potest capere capiat.*" (San Mateo, cap. XIV, vers. 10 y siguientes.)

Parece que los ministros protestantes, aunque se den el título de evangélicos, no son del número de los que lo entienden; *quibus datum est*; y que nuestros sacerdotes, aunque Papistas é ignorantes de la pura palabra de Dios, como suelen llamarlos los herejes, sí comprenden el consejo del Divino Maestro y tienen corazón para practicarle.

San Pablo expone con igual exactitud la doctrina de la virginidad y del celibato, en su primera Epístola á los Co-

rintios. (Cap. VII.) Está allí también formada esa doctrina, que la protestante señora de Gasparin, animada de su celo anti-católico, declaró con una ingenuidad risible: "que es *evidente* que los pasajes de esa Epístola, relativos al celibato, no le fueron inspirados por Dios al Apóstol." La inspiración le volvió á San Pablo, según aquella original señora, cuando pasó á tratar de otras cosas en su epístola.

El Apóstol dice lo siguiente, con todas sus letras: "En cuanto á las vírgenes, yo no tengo precepto del Señor; pero doyo lo como un consejo, pues yo mismo he obtenido esta misericordia á fin de ser fiel." Esto mismo es lo que enseña la Iglesia católica. Ella no impone á ningún hombre ó mujer, ningún oficio ó profesión que tenga anexa la carga del celibato. Le aconseja á todos, como estado más perfecto; y si le impone como ley á los eclesiásticos, nótese que ella no obliga á nadie á recibir los sagrados órdenes. Cuando un cristiano tiene la intención de abrazar esta carrera, lo hace con entera libertad, aceptando con espontaneidad completa la condición de guardar castidad perfecta.

La razón de la Iglesia para conducirse así, la dá también san Pablo. Después de haber dicho que el matrimonio es bueno y honroso, añade el Apóstol: "Deseo que estéis libres de cuidados: el que no tiene mujer se ocupa de lo que mira al Señor, de ver como le agrada. El que tiene mujer, tiene que cuidar de lo que pertenece al mundo, de ver cómo agradará á su mujer, y así es que está dividido. Y la mujer no casada, tal como la vírgen, piensa en lo que es del Señor, para ser santa de cuerpo y alma; más la casada piensa en lo que es del mundo, en ver cómo agrada á su marido." El Apóstol concluye: "De consiguiente, el que casa á su hija hace bien: el que no la casa, *hace mejor.*" *Bene facit; melius facit.*

He aquí un admirable resúmen de la cuestión. El matrimonio es bueno, pero el celibato es mejor. ¿Qué responden á esto los ministros? No soy yo quien habla, es la *Biblia*; mas sí detestan de corazón á los sacerdotes católicos, verdaderos ministros del Evangelio. Quisieran casarlos para humanizarlos para *desacerdotizarlos*, pues se llenan de pena por no poder arrebatárles esa corona santa del

celibato, que con tan justo título les atrae la confianza y la veneración de los pueblos. A imitación de los filisteos, que por medio de Dálila, arrebataron á Sansón su fuerza, cortándole los cabellos, los protestantes y los incrédulos querían quitar al sacerdocio católico el poder inmenso que le dá el celibato, angélicamente guardado. Pero el nuevo Sansón no cae en el lazo que el antiguo, pues aunque algunos malos sacerdotes, ó falten á sus deberes en esta parte sin pudor, ó se degraden aspirando al matrimonio, el sacerdocio, como cuerpo, se mantendrá fiel á aquella santa disciplina. El rechaza á Dálila y libra á los enemigos del pueblo de Dios, los combates indomables de la fe. (*)

(*) A los que sobre este punto arguyan con los escándalos de algunos sacerdotes católicos, bastará hacerles observar: 1.º Que ordinariamente los que censuran y divulgan esos escándalos, viven más escandalosamente; y así al pedir el matrimonio de los eclesiásticos, debe creerse que no lo hacen por amor á la moral, sino con el fin dañado de perjudicar á la Iglesia: 2.º Que los multiplicados casos en que los casados faltan á sus deberes, prueban que el matrimonio, por sí solo, no es remedio para este mal, si no se procura el auxilio de la gracia de Dios; y que con esta gracia, tan posible es guardar el celibato perfecto, como la continencia conyugal; y 3.º Que entre los protestantes, no por ser casados los ministros, deja de haber escándalos: y aun los habría mayores, si en ellos no hubiesen abolido el sacramento de la penitencia. A este propósito consignaré aquí lo que refiere una carta de Nueva-York, inserta en el "Standard" de Londres, de 11 de Octubre de 1862. "El reverendo Jaime H. Cook, clérigo de color, de esta ciudad, cayó muerto ayer de un tiro que le disparó una señorita, miembro de su Iglesia. El la había seducido y luego rehusó casarse con ella. Prevínole ella el resultado probable de sus relaciones, pero él la contestó: podía ser provechoso á su alma un poco de desengaño; y que si ponía su confianza en la Providencia, Dios la libraría de todos sus disgustos. No lo vió así la interesada; y antes bien, rabiosa por la hipocresía de su reverendo ofensor, le disparó un balazo." Al lado de esta lamentable tragedia citaremos la comedia de los ministros protestantes, que huyendo del racionalismo y convencidos de la divinidad de la confesión, quieren restablecer esta práctica entre los sectarios. Decíame un caballero en Londres, que visitando él á uno de esos ministros, éste oía de Penitencia á una señora, pero que su propia mujer estaba presente, temiendo, sin duda, que pasasen á mayores.—[Traductor.]

XXII.

Los Jesuitas.

Calvino veía á los Padres de la Compañía de Jesús como á sus más temibles adversarios, por lo cual decía que era necesario deshacerse de ellos. "Es necesario matarlos, escribía el heresiarca desvergonzadamente; y si esto no se puede hacer cómodamente, entónces es preciso lanzarlos, ó por lo menos oprimirlos con el peso de nuestras mentiras y calumnias." *Jesuitæ vero qui se maxime nobis opponunt, aut necandi, aut si hoc commode fieri non potest, ejiciendi, aut certe mendaciis et calumniis opprimendi sunt.*

Los hijos de Calvino y más tarde los de Voltaire, han recogido con edificante fidelidad, esa piadosa doctrina y la han puesto tan bien en práctica, han mentido tanto y han calumniado tan impudentemente á los jesuitas, que han llegado á hacer creer á muchas gentes, que estos santos sacerdotes no son más que impostores, hipócritas pícaros, conspiradores, traidores oscurantistas, asesinos y hombres perversos y peligrosos.

¿Hay necesidad de decir que los jesuitas no son nada de eso? Ellos son unos religiosos graves y admirables, que arden en celo por la gloria de Dios y el bien de las almas, infatigables en el servicio de la Iglesia, siempre prontos para ocuparse en todas las buenas obras. Los jesuitas son en la Iglesia, lo que en un ejército son las tropas selectas. Bien lo saben los protestantes y los impíos, pues por eso cabalmente los detestan con todo su corazón y con toda su alma, calumniándolos con todas sus fuerzas, desde hace tres siglos á esta parte. Yo pudiera citar en favor de la Compañía de Jesús una multitud de testimonios, dados por protestantes no sospechosos; pero me contentaré con uno solo, por ser tan gracioso como concluyente. Es la respuesta que Enrique IV, rey de Francia, dió al Parlamento y á la Universidad de París, que en Noviembre de 1603, había acusado ante S. M. á los padres jesuitas, de todos los crímenes que siempre les han atribuido imperturbablemente sus enemigos.

“Os agradezco, dijo el rey, con su buen sentido y satírico talento, os agradezco el cuidado que teneis por nuestra persona y estado. Decís que la Sorbona ha condenado á los jesuitas, pero eso fué antes de conocerlos; y si la antigua Sorbona no los quería por envidia, la nueva estudia con ellos y se felicita por ello.

“Decís que en vuestro Parlamento los más doctos no han aprendido con estos Padres. Si los más doctos son los más viejos, el hecho es cierto, porque hicieron sus estudios antes que los jesuitas fuesen conocidos en Francia. Pero si entre vosotros se aprende mejor que en otra parte, ¿por qué sucede que por la ausencia de los jesuitas, vuestra universidad ha quedado desierta; y que á esos padres se les va á buscar, no obstante todos vuestros decretos, ya en Douai, ya en Pourta-Mouson, ya fuera del reino?

“Añadís que los jesuitas se atraen á los niños de talento, escogiendo para su Compañía los mejores; pero eso es cabalmente lo que me hace estimarlos. Pues qué ¿no se escojen los mejores soldados para la guerra?

“Decís que ellos se introducen como pueden. También otros lo hacen, y yo mismo he entrado como he podido en mi reino; pero es necesario confesar que su paciencia es grande, y yo la admiro, porque con paciencia y buena vida ellos llevan al cabo todas las cosas.

“Decís que son muy observantes de su instituto; pues eso los mantendrá. Por eso no he querido yo cambiar ninguna de sus reglas, sino más bien conservarlas.

“En cuanto á los eclesiásticos que no los quieren, siempre ha sucedido que la ignorancia ve de reojo á la ciencia; y yo he conocido, cuando se ha tratado de restablecer á los jesuitas, que dos clases de personas se oponían á ello particularmente: los de la pretendida religión reformada (protestantes), y los eclesiásticos de mala vida. Y eso^h hace que yo estime más á los jesuitas.” Hasta aquí Enrique IV.

Los jesuitas han sido calumniados y perseguidos y lo serán hasta el fin, porque su santo fundador ha pedido para ellos al morir, aquella corona que el Señor prometió co-

mo la octava Bienaventuranza, en el sermón del monte: “Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sereis cuando los hombres os odien y persigan, diciendo con mentira toda clase de mal contra vosotros y rechazando vuestro nombre como malo, por mi causa y la del Evangelio. Alegraos y glorificaos en ese día, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.”

He aquí la historia de los jesuitas, escrita anticipadamente. El odio especial que les tienen los impíos y los herejes, es su más magnífico elogio.

XXIII.

Los matrimonios mixtos.

Llámase matrimonio mixto, el que se celebra entre un católico y una protestante, ó entre un protestante y una católica.

La Iglesia ve con dolor esta clase de matrimonios, los cuales ordinariamente demuestran una grande indiferencia en materia de religión; y tienen frecuentemente por consecuencia, la educación herética de los hijos que nazcan. Por mi parte confieso que no comprendo á un cristiano, á un católico, tan poco delicado en cuanto á las cosas divinas, como lo prueba el hecho de escoger á una hereje por compañera de toda su vida, por madre de su familia, por directora de su hogar.

La Iglesia hace ver por todos los medios posibles, cuanto la repugnan semejantes enlaces. No solamente los priva de la acostumbrada majestad de las pompas nupciales, sino que prohíbe expresamente á los sacerdotes, tomar en estos casos otra parte que la de un *simple testigo*; y es por eso que estos matrimonios mixtos se celebran fuera de la Iglesia, en la sacristía, sin ninguna bendición, ni preces, delante del sacerdote, revestido solamente de su sotana, sin sobrepelliz ni estola. Y aún así es necesario que los dos futuros consortes, tanto el contrayente hereje como el ca-

tólico, previamente se obliguen, bajo el sello del más solemne juramento, á educar en la religión católica todos los hijos é hijas que puedan nacer de este matrimonio. Sin que preceda este juramento, la Iglesia se niega del todo á los matrimonios mixtos.

Así es que cuantas veces veais á los hijos de un matrimonio mixto, educándose en el protestantismo, podeis tener por seguro que ese es el fruto de un perjurio.

Cuando se han llenado todas las condiciones exigidas para estas uniones lastimosas, una vez celebrado el matrimonio en presencia del sacerdote católico, bueno es que se sepa estar prohibido á la parte católica ir á presentarse, como se hace algunas veces, al pastor protestante. Esto sería comunicar con los herejes *in sacris*, es decir, en las cosas santas, y hacer una culpable concesión á la herejía. Una vez casado en la Iglesia católica ¿qué va el católico á buscar en el templo protestante? No el vínculo conyugal, porque el matrimonio ya está hecho; y si se va al templo protestante para oír leer algunos pasajes de la Biblia, relativos á los deberes de los casados, eso no merece la pena de cometer un pecado de escándalo. Si se quiere leer, léase en casa.

Es sabido que los protestantes no consideran el matrimonio como sacramento, de modo que si los ministros de esa secta hacen venir á los esposos al templo, es porque esta ceremonia, inútil por aquella razón, les produce sendas pesetas.

El debilitamiento de la fe es lo que produce los matrimonios mixtos. Para que un cristiano descienda á formar alianza tan desigual, es necesario que haya perdido el sentimiento de la dignidad católica.

El matrimonio es un gran sacramento, del cual dependen la felicidad y la salvación del esposo y de la esposa. ¡Ay! de aquellos que no lo contraen según Dios; y que prefieren á su fe los arreglos de familia y de fortuna, ó el capricho del sentimentalismo!

TERCERA PARTE.

I.

Que es lo que impide á los protestantes honrados hacerse católicos.

La ignorancia de la doctrina católica. He aquí lo que impide la conversión de la mayor parte de los protestantes de buena fe.

Sus preocupaciones anti-católicas son casi invencibles. Esas preocupaciones son tanto más fuertes, cuanto que ellos las han mamado con la leche. Su educación toda las ha desarrollado, y nunca han raciocinado acerca de ellas. Con la mayor buena fe del mundo, esa clase de protestantes, miran á la religión católica como una escuela de superstición; su santa autoridad, como una tiranía y una usurpación puramente humana; á los sacerdotes, como impostores que engañan al pueblo; y al pueblo como imbécil, que cree ciegamente todo lo que se le dice.

Bossuet, después de sus controversias con los más célebres ministros protestantes de su tiempo, se había convencido de que el más formal, por no decir el único obstáculo para la conversión de los sectarios honrados, era su ignorancia. Por eso compuso su famosa *Exposición de la Doctrina católica*, que confundió á todos los ministros y predicantes. Quedáronse éstos estupefactos, al ver cuán sencillos, luminosos y grandes son los dogmas que ellos atacaban como ridículos y supersticiosos; y no pudiendo de otra manera salir del paso, acusaron á Bossuet de haber disfrazado la doctrina de la Iglesia católica, para triunfar del protestantismo. Bossuet sometió inmediatamente su exposición al exámen de la Santa Sede y de casi todos los